

tra justicia, tambien lo es de indulgencia á los de vuestra misericordia. Señor, somos pecadores, y en esto consiste toda la oracion que os hacemos; Por tanto suplicamos que os digneis concedernos la humildad, la confianza, la perseverancia, en cuya virtud dan abundantes frutos las oraciones de los fieles; y sobre todo os pedimos que esta confesion saludable nos merezca oír aquellas palabras de consuelo que dixisteis del Publicano: éste, y no aquel, descendió justificado á su casa. Así sea.

DOMINGO XI.  
DESPUES  
DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS PHILIPENSES,  
cap. I. v. 3. II.

*Hermanos: Gracias doy á mi Señor cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo por todos vosotros en todas mis oraciones, sobre vuestra comunicacion en el Evangelio de Christo desde el primer dia hasta ahora. Teniendo por cierto esto mismo, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el dia de Jesu-Christo. Como es justo, que yo sienta esto de todos vosotros: porque os tengo en el corazon, y en mis prisiones, y en la defensa, y confirmacion del Evangelio, que*

*sois vosotros todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo, de qué modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesu-Christo. Y esto ruego, que vuestra caridad abunde mas y mas en ciencia, y en todo conocimiento: Para que aproveis lo mejor, y seáis sincéros, y sin tropiezo para el día de Christo. Llenos de fruto de justicia por Jesu-Christo, para gloria y loor de Dios.*

#### INSTRUCCION.

**P**ara que yo pudiese, hermanos míos, explicarme en los términos del Apóstol San Pablo, y tener algun derecho al testimonio que se da en la Epístola de este día, seria preciso haber recibido su espíritu y sumision, haber desempeñado con la misma exâctitud y fidelidad mis obligaciones, tener el mismo zelo por la salvacion de las almas, y haber participado en algun modo de los trabajos que padeció por

la gloria de Jesu-Christo. Sin embargo como el ministerio que se me ha confiado lleva consigo el cargo indispensable de la enseñanza de las verdades eternas, voy á presentaros en esta instruccion vuestras obligaciones, y al mismo tiempo las suyas á los Ministros del altar. Es cierto que no podré dirigiros en toda su extension las mismas gracias y elogios que el Apóstol San Pablo daba á los Filipenses; y tambien lo es que estando yo por mi parte muy distante de las disposiciones del Apóstol; no soy digno de los consuelos que experimenta en sus prisiones; pero si el paralelo de sus virtudes, de su constancia y de su amor á Jesu-Christo con nuestros defectos es capaz de llenarnos de humildad y de confusion, tambien lo es de producir grandes utilidades. Por tanto meditemos, hermanos míos, con toda atencion las verdades que hoy nos enseña: pidamos al Espíritu Santo que las ha dictado, las luces que yo necesito para explicarlas, y las que se requieren para oirlas con fruto.

Gracias doy á mi Señor, dice el Apóstol, cada vez que me acuerdo de vosotros. Esta demostracion de reco-

nocimiento á Dios era muy conforme, hermanos míos, con los efectos que producía su ministerio en los habitantes de Filipos. Este pueblo, que poco ántes estaba confundido en las sombras de la idolatría, camina hoy á paso muy largo por la senda de la virtud, y honra el zelo y los trabajos de su Apóstol con la caridad que le anima, con la fe que le ilustra y con la mas tierna adhesión, y el amor mas fino, al instrumento de su santificación y de su dicha.

No es ésta, hermanos míos, la suerte que me cabe entre vosotros. El poco fruto de mi ministerio, y las discordias y los desórdenes, que á pesar de todo mi cuidado se introducen, y se perpetúan insensiblemente, solo me dan ocasion de llorar y de pedir á Dios que ilumine vuestros entendimientos. Si alguna vez doy gracias de que todavía conserveis algun resto de fe, de piedad, de conmiseracion, y de aquellas virtudes de los primeros siglos de la Iglesia, tambien me lleno de amargura al considerar en el mayor número de los Christianos tan difundidos los desórdenes, la disipacion, la incredulidad y la falsa filosofia que caracteriza

particularmente nuestro siglo.

Los Ministros del Santuario tienen en general la estrecha obligacion de hacer conmemoracion de vosotros en todas sus oraciones con el fin de traer la bendicion sobre su ministerio; pero los Párrocos la tienen mucho mas estrecha, porque deben ofrecer continuamente á Dios el pueblo que ha puesto á su cargo, y meditar continuamente sobre las necesidades de sus feligreses para hacer de ellas el objeto de sus súplicas. Vosotros, hermanos míos, por vuestra parte debeis activar y renovar la asistencia á los ejercicios públicos de la religion. Es cierto que por todas partes se ruega por vosotros; pero es de una manera general: todos estais comprendidos en la caridad universal de Jesu-Christo que se extiende á todas las condiciones y necesidades; pero en el templo es donde hablamos especialmente de vosotros con el Señor: esta es vuestra casa, este es vuestro altar, estos son vuestros Ministros; y así cuidad sobre manera de que el Señor no se enoje, y os quite la accion que teneis á sus favores en fuerza de nuestros votos.

El Apóstol también da gracias á los Filipenses de su comunicacion en el Evangelio de Christo desde el primer día; es decir, de que perseveren en la fe que han recibido por su predicacion; pero observad, hermanos míos, que quando les dá este testimonio es en el tiempo de su cautiverio, y despues que podían andar solos, por decirlo así, por el camino que les habia trazado. ¿Qué pocos imitadores tiene este pueblo! ¿Acaso la impresion de una instruccion, de una ceremonia es de alguna duracion entre vosotros? ¿Cuál sería nuestra confianza, cuál nuestra satisfaccion si perseveraseis de una fiesta á otra en la frecuencia, en el fervor, en el gusto de los Sacramentos, y en todas las disposiciones que mostrais en los días que celebramos algunos de los misterios de la vida de Jesu Christo! Pero la relaxacion y la tibieza se apoderan inmediatamente del corazon y del espíritu. Este templo demasiado estrecho en ciertos días, se ve en algunos otros del todo abandonado. ¿Qué pensaremos pues de la poca asistencia, de la poca fidelidad para conservar las disposicio-

nes de fervor que habeis adquirido á los pies de los altares? Sin embargo ya que no puedo daros á todos, hermanos míos, las gracias de la comunicacion en el Evangelio de Christo, diré á los pocos que han sabido conservar la impresion de la fe, que el que comenzó la buena obra la perfeccione hasta el día de Jesu-Christo sin temor á los estorbos que se le presenten, porque auxiliado de la gracia sabrá vencerlos y rechazarlos. Purificad por tanto el corazon del orgullo para que no altere su pureza, tomad fuerzas para resistir el espíritu de inconstancia que os domina, y rogad á Dios, como yo lo hago, que por su misericordia purifique vuestras obras, de manera que sean perfectas en el día de Jesu-Christo; es decir, en el del juicio universal.

Es justo que yo sienta esto de vosotros, prosigue el Apóstol, porque os tengo en el corazon. Modelo admirable para los Ministros, á quienes confia Dios la salvacion de las almas. Ellos deben llevar siempre en su corazon á todos sus feligreses, interesarse en sus necesidades, llorar sus flaquezas, pro-

curar su curacion si estan enfermos, pedir su perseverancia si tienen la felicidad de vivir en el estado de justicia, y participar en alguna manera de sus males corporales para animarlos á la paciencia; pero si Dios prescribe á sus Ministros tanto zelo y tanto amor, la caridad impone igualmente estas obligaciones á los fieles que son el objeto de su ministerio.

Los Filipenses acompañaban al Apóstol en el gozo de estar entre prisiones por Jesu-Christo, y este sentimiento era el fundamento de su amor á ellos, y lo es de la caridad recíproca que une al pueblo con el Pastor. En este punto no hay, hermanos míos, comparacion alguna con el Apóstol. Vuestros Ministros no estan entre prisiones por el nombre de Jesu-Christo, ni tampoco expuestos como él á derramar su sangre por la fe que os han predicado. Los únicos títulos por donde pueden reclamar vuestro amor, y manifestaros el suyo son sus trabajos, su continua predicacion, el interes que toman en la salvacion vuestra, y su solicitud para evitar los peligros de que estais cercados por todas partes. Por tanto

diré yo, sino con la seguridad y con aquella caridad del Apóstol, á lo ménos con todo el sentimiento de que soy capaz: Dios me es testigo de qué modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesu-Christo. ¡Qué expresion tan enérgica y exácta, hermanos míos! amar en las entrañas de Jesu-Christo es toda la perfeccion de un Christiano. Este amor produce una caridad mas fuerte que la muerte misma; pero este amor ha de ser racional, justo y fiel á la ley. Por consecuencia, ha de corregir los abusos, ha de reprehender los desórdenes, ha de sostener al justo quando vacila, y tambien ha de amar al impío quando atormentado de su conciencia empieza á convertirse á Dios. El Apóstol ruega por las mismas entrañas de Jesu-Christo que nuestra caridad abunde mas y mas en ciencia y en todo conocimiento.

La caridad es, hermanos míos, un fuego que no solo abrasa el corazon, sino que le ilustra y le instruye. Quando la caridad nos conduce y anima, vemos todas las cosas como ellas son en sí, y nos hacemos inteligentes en los caminos de Dios. La caridad comunica

la luz y la ciencia á las almas simples. Los grandes genios cometen algunas veces errores muy crasos, y se precipitan de abismo en abismo; pero las almas limitadas, si son caritativas, conocen y ven la ley de su Dios, la ponen por obra, y con sus exemplos instruyen mas eficazmente que los Maestros y Doctores con sus sabios discursos. Por esta causa decia David que se habia hecho mas inteligente que los viejos. Esta luz purifica el corazon, arregla las intenciones, desvanece la ilusion y la mentira, y el hombre segun el deseo del Apóstol es entónces sincero, y aprueba lo mejor sin tropiezo para el día de Christo. Los pasos que damos en el camino de la virtud son muy firmes quando van acompañados de la caridad; y si alguna vez tropezamos, porque se presenta una piedra de escándalo, nos levantamos inmediatamente auxiliados de la humildad.

Si vosotros, hermanos míos, estudiaseis las ventajas de esta caridad; si comparaseis los consuelos que se encuentran en el servicio del Señor con las falsas alegrías del siglo; si sobre todo tomaseis una idea de la paz que experi-

mentará el alma fiel en el día de Jesu-Christo quando parezca delante de su presencia llena de obras de justicia practicadas con toda la atencion posible, entónces serian mas amables para vosotros la piedad, la sabiduría y la virtud. ¿Qué haceis, en efecto, quando despreciando la ley de Dios escuchais vuestras pasiones? ¿No sometéis vuestra cerviz á un yugo mas imperioso y mas duro? ¿Acaso veis los objetos como ellos son en sí? ¿No desconocéis lo que mas os importa conocer? ¿No preparais las aflicciones mas duras para la vida presente y los peligros mas funestos para la futura? ¿No renunciáis voluntariamente el derecho que tenéis á la misericordia de vuestro Dios?

Christianos, sed por tanto mas sabios y mas inteligentes sobre vuestra verdadera felicidad: obrad bien, y esperad la recompensa: corred delante de Jesu-Christo con vuestras buenas obras, y entónces le vereis venir con sus gracias para preveniros: entónces colmará vuestro corazon de consuelo, os animará con la esperanza, y os coronará con recompensas eternas en la gloria. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MARCOS,  
cap. 7. v. 31. 37.

*En aquel tiempo : Saliendo otra vez Jesus de los confines de Tyro , fué por Sydón á el mar de Galiléa, atravesando el territorio de Decápolis. Y le traxéron un sordo y mudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él. Y sacándole aparte de entre la gente , le metió los dedos en sus orejas : y escupiendo , le tocó su lengua : Y mirando al Cielo, gimió , y le dixo : Ephpheta , que quiere decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertas sus orejas , y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que á nadie lo dixesen. Pero quanto mas se lo mandaba , tanto mas lo divulgaban : Y tanto mas se maravillaban , diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír , y á los mudos hablar.*

## INSTRUCCION.

**D**e grande utilidad es para nosotros , hermanos míos , el seguir á Jesu-Christo en las diferentes circunstancias de su vida mortal , porque no da un paso que no esté marcado con algunos milagros en favor de los que solicitan su proteccion , ó con algunas instrucciones para el aprovechamiento de todos los que le siguen. El corto espacio de tiempo que ha consagrado á los exercicios de su ministerio es tan fecundo en doctrina que basta seguirle y escucharle para aprender las obligaciones y las virtudes propias de los Christianos. Apenas empieza su mision y sus trabajos , obra el prodigio de que nos habla hoy el Evangelio , y se hace tan notoria su sensibilidad en toda aquella comarca que los enfermos y todos los necesitados le salen al encuentro en los caminos para solicitar su curacion , seguros de obtenerla, pidiéndola con fé y confianza. La Iglesia , hermanos míos , ofreciendo á nuestra consideracion los

milagros del Salvador, nos quiere hacer mas sensibles á nuestros propios intereses, y con este fin nos habla con frecuencia de su poder y su misericordia. Nuestras enfermedades, no son menos reales y urgentes que las de tantos infelices á quienes se ha dignado alargar una mano de socorro, y su corazon no es hoy menos compasivo y tierno que lo era en aquellos dias de su vida mortal. Por tanto conviene conocer la naturaleza de nuestros males, y este es el fruto que espero conseguir de la explicacion del presente Evangelio: dadme atencion.

Jesu Christo no habia venido solamente para consolar á los justos, ni para darlos vigor y seguridad: su mision tenia un objeto mas digno de su misericordia. En efecto, vino á dar auxilios á todos los Christianos que por su flaqueza habian caido baxo la dominacion de Satanás: vino á curar las enfermedades espirituales para que fuesen libres de la muerte del pecado: vino á buscar todas las ovejas que se habian separado de los caminos de la justicia, y á salvar muchas almas que estaban expuestas á perecer eternamente por cau-

sa de sus pecados. Si algunos de vosotros, hermanos mios, sois responsables á la divina justicia, no por esto os dexeis abatir á la vista del torrente de iniquidades que os inunda, porque Jesu-Christo en el Evangelio de este dia nos ofrece un motivo muy poderoso de conversion y de arrepentimiento. En el orden de la gracia como en el de la naturaleza hay enfermedades inveteradas que casi se han hecho incurables, y quizá muchos de vosotros os veis constituidos en este fatal estado. Las precauciones saludables y los esfuerzos vigorosos que habeis hecho en todo este tiempo, no son suficientes muchas veces para libertaros de las recaidas; pero Jesu-Christo curando hoy una enfermedad que por su naturaleza era superior á quantos remedios se habian puesto, os ha querido enseñar que los tiene muy eficaces para todos vuestros males, y que basta solicitar con fé la curacion para conseguirla.

En efecto, hoy le traxéron un sordo y mudo. Los amigos de este hombre infeliz, para mover é interesar á Jesu-Christo en su favor le hacen las instancias mas vivas; y persuadidos de



su poder, solamente exigen que ponga la mano sobre él: tanta era su esperanza. Nosotros, hermanos míos, experimentamos también todos los días la fuerza y la eficacia de la imposición de las manos hecha en nombre de Jesu-Christo: venimos muchas veces á los pies de sus Ministros llenos de enfermedades y miserias, y no solo arrastramos largas é inveteradas costumbres, sino que reunimos á ellas toda la malicia que puede caber en el corazón del hombre; pero sin embargo, si con las disposiciones que exige Jesu-Christo solicitamos la curación, levanta su Ministro la mano sobre nuestras cabezas, y por medio de esta imposición acompañada de las palabras sacramentales, se curan nuestras llagas, se disipan las enfermedades, y recobramos la gracia que habíamos perdido por el pecado. Para que esta verdad sea más sensible, figurémonos representado al pecador en la persona de este enfermo que traen hoy á Jesu-Christo, y reconoceremos que las dos enfermedades que padecía son las más propias para demostrar el estado á que nos conduce insensiblemente el pecado mortal quando degenera en costumbre.

Si, hermanos míos. El primer daño que el pecado mortal causa en nuestras almas, es hacerlas sordas. Dios habla frecuentemente á un corazón dominado por las pasiones, pero por lo común no se le oye: habla por el órgano de sus Ministros quando en su nombre nos anuncian las justicias, y misericordias; pero los pecadores encuentran con facilidad los medios de echar sobre otros las verdades que oyen, y de que debieran aprovecharse para reformar su conducta. Dios habla por el medio de los diferentes sucesos y acontecimientos de la vida: una muerte repentina le anuncia al pecador su peligro inminente, y le advierte que piense en sí mismo, y esté prevenido para quando se le llame: una pérdida considerable de bienes, le dice, que vendrá un tiempo en que deberá separarse de todos los objetos que más han lisongeado sus pasiones: una enfermedad violenta y peligrosa le predica la necesidad de convertirse á Dios: los remordimientos continuos que le despedazan, y las inquietudes que le devoran, le prueban que no tiene que esperar la paz en el pecado; pero el pecador no

oye, ó no quiere oír ninguna de estas verdades, porque son demasiado duras y opresoras.

Dios habla por los exemplos de los buenos y de los malos. Por una parte parece que la vida edificante de los justos con quienes se ve obligado á vivir el pecador, solo debería inspirarle respeto á la virtud; y por otro las caídas y los descaminos de los pecadores sus semejantes deberían enseñarle y penetrarle de horror ácia el vicio; pero la voz del exemplo tan poderosa y tan fuerte no hace casi efecto alguno en un corazón abandonado y endurecido.

Dios habla tambien por sí mismo. Las secretas inspiraciones de que se vale para retraer al pecador: los vivos temores que le inspira y los santos deseos que engendra en su corazón, son motivos poderosos para que se convierta; pero la voz de las pasiones mas fuerte todavía levanta el grito dentro de su corazón, y le confunde y engaña. ¡Qué digno, Dios mio, es de compasion el Cristiano que no oye vuestra voz!

El hombre de nuestro Evangelio era tambien mudo, y este es el segundo estado de un pecador. El Criador ha

formado cada ser con aquella organizacion propia para que manifestase su reconocimiento, y le diese la gloria que se le debe. Todas las criaturas, aun aquellas que parecen mas mudas é insensibles, corresponden á sus altos designios, y publican sus perfecciones y maravillas. Los cielos, dice el Profeta, anuncian la gloria del que los ha formado: el dia y la noche se transmiten sucesivamente el cuidado de bendecirle, y los animales todos llenando las miras de su Providencia y de su atencion le tributan el homenaje mas eloquente y mas glorioso. Solo el hombre calla en la naturaleza, porque solo él se sale del orden que le ha prescripto la sabiduría de su Autor, y debiendo ser el primero que publicase sus grandezas, porque le ha formado á su semejanza, porque le ha colmado de bienes, y porque por medio de su hijo le ha dado entrada en la mansion eterna, guarda el silencio mas cobarde y vergonzoso. Idea terrible y triste del pecado, pero capaz al mismo tiempo de hacer sobre el pecador la impresion mas viva á poco que reflexione sobre su existencia. ¡Qué haceis, hermanos míos, quando pecais mortal-

mente? ¿No rehusais á Dios el respeto y el honor que se le debe? Entretanto que todos los animales de la tierra no viven, no obran, no respiran sino para executar sus designios: entretanto que emplean todo su instinto, todas sus facultades y movimientos para manifestar su sabiduría y obedecer sus leyes, ¿no empleais vosotros todos los vuestros para ultrajarle? ¿No debeis avergonzaros al ver que vuestros animales domésticos con su pronta obediencia á los preceptos que les imponéis, os hacen un cargo de la independencia que solicitais tener del Soberano Señor de todo lo criado? ¿No es una vergüenza, repito, que sean ellos vuestros maestros y modelos? ¿Tan miserable es vuestra suerte; tanta la ignorancia?

Pero veamos la consecuencia que debemos deducir de los efectos que el pecado hace en vuestro corazon. ¿Será justo permanecer en la indiferencia, y no solicitar el remedio de dos males tan poderosos? No, hermanos míos, tened entendido que Dios es un médico que puede y quiere curaros, y que para esto ha depositado en los tribunales de la

penitencia la eficacia de sus remedios: el Ministro que ocupa el lugar de Jesu-Christo está revestido de todo su poder, y si venis con la misma fé que este hombre del Evangelio, experimentaréis de su parte la misma solicitud y el mismo amor, con tal que tomeis las precauciones que os prescriba, y que pongais en execucion aquellas prácticas que considere necesarias para la remision de los pecados.

Jesu-Christo podia sanar este hombre solo con la simple disposicion de su voluntad, y decirle, como á otros muchos, ya estás sano; pero recurre sin embargo á diferentes medios que contienen grandes instrucciones. Primeramente le saca á parte de entre la gente, sin duda para convencernos de una verdad de que la experiencia nos instruye todos los dias. En efecto, entre la turbacion y disipacion del mundo no se obran las verdaderas mudanzas y las conversiones sólidas. Quando el pecador quiere conservar con el mundo todas sus relaciones, desaparecen los santos deseos, y pierden su energía las resoluciones mas vigorosas. Esta es la causa por que despues de tantas promesas y

esfuerzos conservais todavía las mismas costumbres. La frecuencia de las mismas compañías, el goce de los mismos placeres, de las mismas amistades, de los mismos comercios os causa la muerte y precipita en el abismo. Sabed pues que para obrar eficazmente vuestra salvacion debéis apartaros de la multitud con Jesu-Christo, pero sin renunciar la sociedad, sin abandonar el comercio, el empleo ó qualquiera otro estado en que la Providencia os haya puesto. Es preciso no conservar con el mundo sino aquellas amistades de necesidad y de caridad; y romper con las que inducen sospecha, criminalidad y peligro: es preciso separarse del mundo quando trata de entregaros á una disipacion excesiva, ó de permitirnos ciertos abusos que producen fatales consecuencias; pero reunirse quando lo exige así el bien de la sociedad y la edificación del próximo: es preciso ser del mundo, pero del mundo Christiano: usar del mundo, pero como Christiano: servir al mundo, pero segun las reglas que la fé prescribe al Christiano. En esto consiste seguir á Jesu-Christo y separarse de la multitud; pero en este

retiro conviene manejarse con suma prudencia para no singularizarse con indiscreciones, y venir por consecuencia á caer en el ridículo. ¡Qué útil seria, hermanos míos, vivir en esta separacion! Así lo reconoce el enfermo de nuestro Evangelio: Jesu-Christo esperó que saliese de entre la gente para cumplir los designios de misericordia que tenia formados sobre su persona; pero tambien recurre á otros dos medios para curarle perfectamente. El Evangelio dice: que le metió los dedos en sus orejas, y como si la curacion de estas enfermedades fuese mas difícil que la de todas las otras que habia curado hasta entónces, miró al cielo sin duda para solicitar los auxilios de su Padre: gimió, como para quejarse de la tardanza de la naturaleza en obedecer su voz, y le dixo ephphetha, que quiere decir: sé abierto.

¿Qué consecuencia deberémos sacar, hermanos míos, de todas estas precauciones de Jesu-Christo, quando en otras circunstancias á su presencia sola se disipan las enfermedades mas largas y penosas? ¿Tendrá necesidad de usar de ceremonias que

al parecer mas bien retardan el efecto de su poder? Jesu-Christo nada de esto necesita, hermanos míos, pero quiere obrando de esta manera, responder á las murmuraciones secretas que se levantan en nuestro corazón quando nos quejamos de las señales exteriores y sensibles que exige para aplicarnos su gracia. En efecto, las reglas que nos prescribe la Iglesia para acercarnos al Tribunal de la penitencia; no son muy duras para nosotros muchas veces? El exámen de conciencia, la confesion de nuestras culpas, las penitencias y satisfacciones que nos impone el confesor, ¿no son causa de disgustos interiores y secretos? Nosotros quisieramos que satisfecho el Ministro con una confesion vaga é indistinta nos dispensase de ese pormenor de circunstancias; cuya memoria nos llena de confusion. Aquellos que viven encenagados en los vicios vergonzosos, ¿no es verdad que frecuentarian mas estos tribunales, si para recibir la gracia de la reconciliacion bastase decir he pecado? ¿No miran estos la confesion como un yugo insoportable, solo porque deben revelar todas las circunstancias; y des-

cubrir los pensamientos mas secretos, y los deseos mas ocultos del corazón? Pero decidme, hermanos míos, ¿no ha tenido Jesu-Christo nada que padecer para conseguiros el perdon de vuestras culpas? Para expiar el pecado ¿no ha experimentado todos esos motivos que os desaniman en el Sacramento de la Penitencia? Si os detiene la vergüenza, ¿no ha sido Jesu-Christo harto de oprobrios? ¿No le han tratado sus enemigos como al mayor de los malvados de la tierra? Su nombre y su cruz ¿no han venido á ser una materia de escándalo para su pueblo, y de burla para los gentiles? Si estais penetrados de temor ¿no se ha resentido Jesu-Christo de los horrores de la muerte aun ántes que ejercitase ella su imperio sobre su cuerpo? En aquel momento de su agonía ¿no se le ha visto manifestar el temor mas vivo? Si os detiene la penitencia que os imponemos, y las prácticas que os prescribimos, ¿podrán acaso compararse con los horribles tormentos que le asaltaron por todas partes? Sin embargo quiso, hermanos míos, pasar por todas estas pruebas para hacer mas dulce y fácil el Sacramento de la Peni-

tencia, y al mispo tiempo para que no tuviesen excusa los Christianos. La penitencia no es dura quando el pecado es grave, ni los medicamentos son amargos comparándolos con el ansia con que tragais el veneno del vicio. ¿No tendríamos, hermanos míos, un motivo justo para sospechar de vuestra penitencia, y dudar de vuestras disposiciones, quando con un deseo aparente de convertirnos y reconciliaros con Dios, mostrais tanta repugnancia para cumplir las obras de penitencia que os imponemos? ¿Ignorais que faltando esta circunstancia vuestra conversion no puede ser sólida ni verdadera? Jesu-Christo habia curado muchas enfermedades con una sola palabra, y en ocasiones bastó su presencia para que recobrasen la salud los enfermos que se le presentaban; pero ahora quiso enseñarnos, que si los pecados difieren por su naturaleza, se han de explicar con toda distinción las causas de la diferencia.

Pero ya que las palabras de nuestro Evangelio os han demostrado, dos circunstancias esenciales para el Sacramento de la Penitencia, debeis considerar tambien la tercera que exige, y

es el dolor de los pecados. Jesu-Christo miró al cielo: este es el lugar á donde el pecador debe dirigir toda su atención y sus miradas, porque ha pecado contra el cielo, y debe por tanto solicitar que Dios por un efecto de su misericordia le conceda la compuncion, el dolor y las lágrimas. Sin embargo, debe considerar tambien el estado infeliz en que se halla constituida su alma, y examinar los senos de su corazon para llorar los daños que han hecho sus pasiones. Jesu-Christo considerando el estado en que se hallaba el hombre del Evangelio, gimió; y en efecto, estando sordo y mudo, no era fácil que pudiese manifestar sus pensamientos sino con señales equívocas. Esta es la suerte de los mudos y sordos en el órden espiritual; y si uno solo que padecia esta enfermedad, dió motivo á que Jesu-Christo suspirase, ¿quánto será su sentimiento al ver tantos Christianos que viven en estado tan infeliz sin conocerlo? Ese entorpecimiento que no os permite oír ni entender las verdades de la salvacion; ese respeto humano que aprisiona vuestra lengua quando se trata de dar á Dios, á

su religion y su verdad el testimonio que piden ; no manifiestan , hermanos mios , que estais sordos y mudos , y que entretanto que la palabra del Señor no cure vuestra enfermedad , no podreis tener el dolor que se requiere para conseguir el perdon de vuestros pecados? Dios mio , dad ahora á mis palabras aquella fuerza y eficacia que tuvieron las vuestras para curar al mudo del Evangelio ; ó por mejor decir , pronunciadlas vos mismo sobre tantos sordos y mudos que se hallan congregados en este templo. Decidles ephphetha , sé abierto ; y se abrirán de repente sus oidos , se desatarán sus lenguas , y sus palabras serán en adelante santas y edificantes. El Evangelio nos dice , que luego fueron abiertas las orejas del sordo mudo , que fué desatada la ligadura de su lengua , y que hablaba bien. Esto mismo acontece con todos los pecadores quando teniendo las disposiciones necesarias reciben la absolucion del Sacerdote. Inmediatamente oyen las verdades eternas , y no solo las ponen por obra , sino que las publican entre todos sus hermanos , para edificarlos y procurar su conversion.

No sé ciertamente , hermanos mios , si deberemos admirarnos mas del poder de Jesu-Christo para hacer tantos y tan singulares milagros , como de su atencion para ocultarlos. El Evangelio nota que mandó á todos que á nadie lo dixesen. ; Imitamos nosotros este desinterés , esta humildad siempre que comovidos de las miserias del próximo les dispensamos el remedio? ; Procuramos que vuestras buenas obras solo sean conocidas de aquel Señor que penetra el secreto de los corazones? Si nuestra caridad , hermanos mios , no fuese tan pública , seria de mas mérito sin duda para con Dios , y de mas utilidad para nosotros mismos. No por esto quiero alejar de vuestro corazon la misericordia , y haceros insensibles á las necesidades del próximo ; pero debo sí advertiros , que vigileis contra un enemigo que nunca descansa , el qual quando no pueda seduciros y arrastraros al mal , á lo ménos buscará ocasiones para corromper el bien que no puede impedir. ; Qué importa que los hombres ignoren la abundancia de vuestras obras , si ellas hablan delante de Dios , que conoce la sinceridad de los corazones? Considerad

que Jesu-Christo mandó que á nadie lo dixesen ; pero como las buenas obras no pueden estar ocultas , quanto mas se lo mandaba tanto mas lo divulgaban, y se maravillaban , diciendo : bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír , y á los mudos hablar. ¡Qué diferencia , hermanos míos, entre estos elogios y los que dispensamos á los hombres ! ¿Podremos en alguna ocasion decir que lo han hecho todo? ¿No sabemos que sus talentos son limitados, y que su poder no es ninguno quando se compara con el del Autor de la naturaleza? Alábense enhorabuena sus obras: alábense sus virtudes heroicas, todo esto se desvanecerá bien pronto de la memoria, porque tal vez no ha producido bien alguno. Pero Dios lo ha hecho todo, y no como los hombres. Sus obras se distinguen siempre por el caracter de bondad que ha impreso en ellas. No hablemos de esa desigualdad de fortunas y de condiciones que distingue los hombres entre sí, ni del des crédito en que vive la virtud, ni de la prosperidad constante de los impios, ni de la impunidad de sus crímenes. Todos éstos son misterios que no puede

comprender la razon humana ; pero sin embargo podemos decir que á pesar de esta desigualdad misma resulta un bien sensible para los justos y para los pecadores.

Dios mio, pues que los efectos de vuestra palabra son inefables, dignaos pronunciar sobre nosotros aquellas palabras ephphetha. Haced, Señor, que se abran nuestros oídos, y que se desate nuestra lengua: hablad á nuestro corazon por el ministerio de vuestros siervos, por los exemplos de los santos, y por los llamamientos de la gracia. Inspiradme, Señor, para que os hablemos con nuestras fervorosas oraciones, con los gemidos mas profundos y con deseos verdaderos y santos! Dios mio, disipad el disgusto que sentimos quando dilatais los socorros y los auxilios, y asegurad á nuestro corazon la paz que desea, y la felicidad que pide. Así sea.